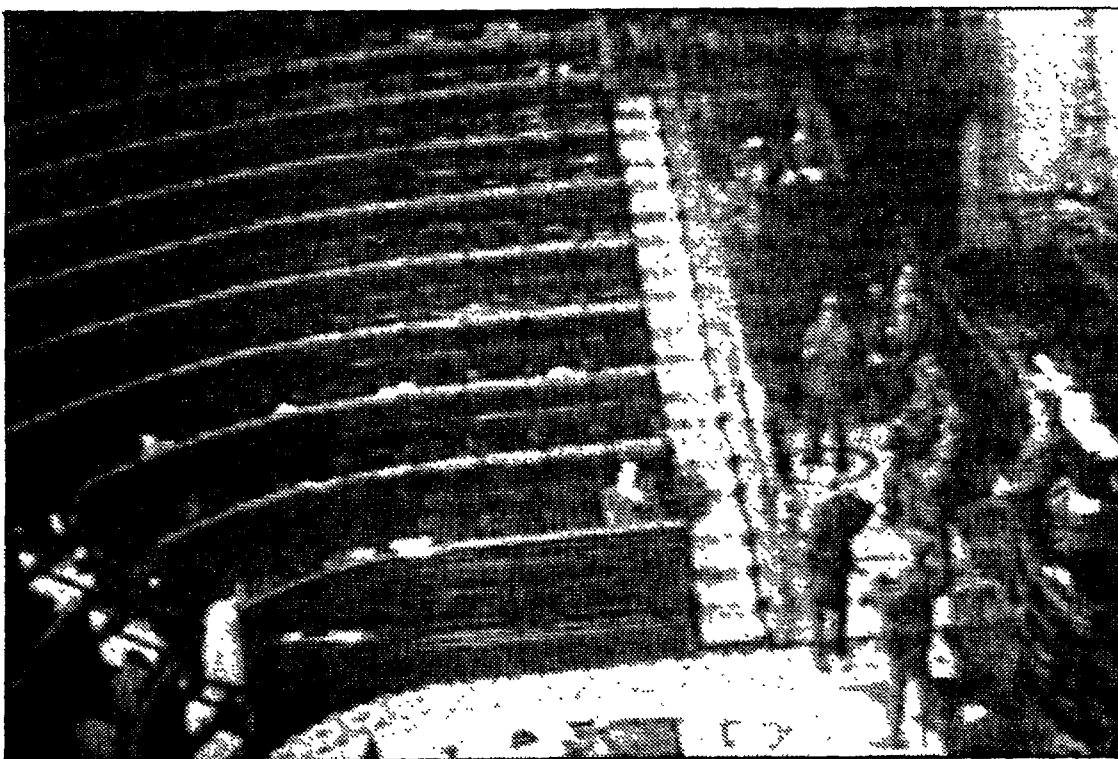
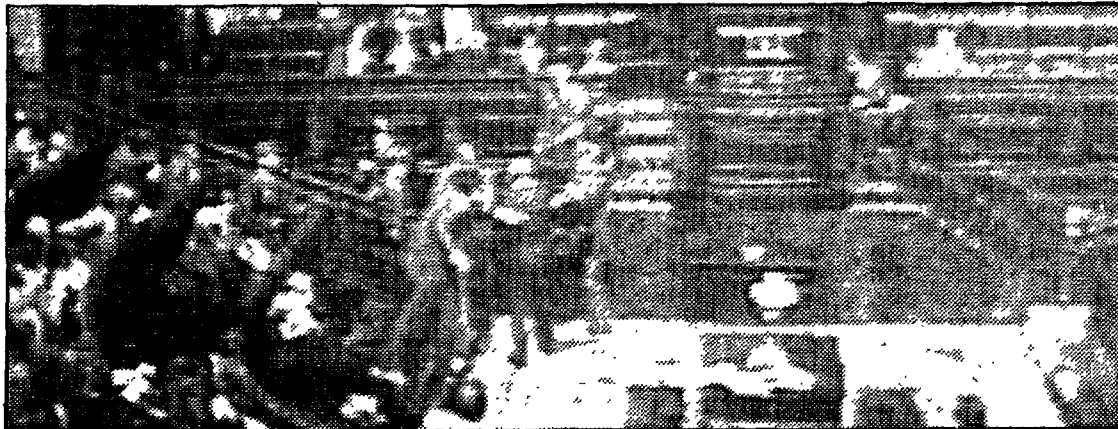


## LAS 18 HORAS MAS LARGAS DE LA DEMOCRACIA

# En los escaños, entre el temor y la incertidumbre

**Cavero, Alvarez de Miranda y Fraga increparon a los guardias y les dijeron que dispararan si querían. Satrústegui manifestó a gritos que su amigo Miláns del Bosch no traicionaría al Rey**



Carmen Echave ha sido el ángel de la noche, decía Modesto Fraile cuando, acompañado de Víctor Carrascal, abandonaban el palacio de las Cortes tras haber convocado a la mesa de las Cortes, junto con el presidente del Congreso, para última hora de la tarde, a fin de examinar los desperfectos del paso por la Cámara de los guardias civiles engañados por el teniente coronel Tejero. Carmen es una activa ginecóloga que sirvió de coordinadora de la oficina del sector crítico centrista durante el congreso de Palma. Vasca por los cuatro lados, es capaz de pasarse la noche en pie, como lo hizo, atendiendo a los diputados que sufrieron lipotimias, junto con el médico socialista Donato Fueyo y el centrista por Segovia, Carlos Gila.

Gracias a un transistor de bolsillo que llevaba Abril Martorell y a otro de cascos que se dejaron abandonado unos colegas de Radio Madrid y que habían requisado los guardias, los diputados podían seguir más o menos los pormenores del fallido golpe, sobre todo cuando salían al servicio.

Unos a otros, al regreso, en voz baja, se iban comunicando las novedades.

El comisario jefe de la seguridad del Congreso, poco antes de que fueran liberados los diputados relataba que, en el momento de la entrada en el palacio del Congreso, los asaltantes les dijeron que no iba nada contra ellos. Les desarmaron y les pidieron que no hicieran ningún movimiento.

Entre los revólveres de los inspectores de la seguridad de la Cámara y los de las escoltas de los ministros se juntaron unas ochenta pistolas, las cuales pudieron ser después recogidas y guardadas en un armario de la comisaría interior de palacio.

Los primeros en bajarse del autocar eran unos cuarenta de golpe, por lo que los policías nacionales e inspectores de guardia en la reja y en la puerta de acceso al hemiciclo no pudieron hacer nada. «Compañeros —gritaron—, con vosotros no va nada; apartaros de ahí u os disparamos. Venimos a tomar el Congreso en nombre del Rey.» Les habían dicho que el Ejército se había sublevado y que debían disolver el Congreso.

### Uno de los momentos graves

El último diputado que llegó a expresar su voto en la segunda votación de investidura, antes del golpe del teniente coronel Tejero en el Congreso, ha relatado a Efe que en ese momento en que acababa de pronunciar su «no», es cuando escuchó a un ujier que gritaba «que van a entrar, todos al suelo».

El diputado socialista soriano Manuel Núñez Encabo, el último en votar ante de los incidentes explicó también a Efe que uno de los momentos más graves de la acción en el Congreso, al menos para muchos diputados de la oposición, fue cuando uno de los asaltantes, el teniente Alvarez —que tenía mirada de iluminado, como Tejero, aunque luego le fallaban las fuerzas— se enfrentó abiertamente con el socialista catalán Julio Busquets (de la antigua Umd): «ambos llegaron a echarse las manos a las solapas, y mi compañero llegó a mencionar su graduación de comandante al increpar al teniente «usted, ¿qué hace aquí?, está traicionando su uniforme».

### Raciones de campaña para los asaltantes

Durante la noche, los diputados sólo bebieron agua en los lavabos, mezclada con azúcar, que Carmen Echave, el «ángel de los rehenes», llevaba a los más decaídos. Los guardias civiles habían llevado sus raciones de campaña individuales, que, al parecer, les repartieron en los autobuses cuando les dieron la orden de asaltar el Congreso en nombre del Rey. En esas raciones de campaña había latas de judías, melocotón, café, sardinas, caja de cerillas, dos pastillas de alcohol sólido. Muchos lo han utilizado para comer, aparte de las bebidas del bar; pero en ningún caso lo compartieron con los diputados, quienes, por otra parte, se negaron a tomar bocado, especialmente cuando la Cruz Roja les llevó, hacia las nueve de la mañana, un desayuno en «sandwiches». Sin embargo,

algunos de los médicos recomendaron a los más desfallecidos que por lo menos tomaran un vaso de leche, aunque no había suficiente para todos, a fin de poder hacer frente a la tensión de la pronta liberación.

Una de las primeras diputadas en salir, la socialista Elena Vázquez, decía que además del momento inicial de los disparos, el de la fogata fue el momento más tenso, porque acaso tenían un ataque de fuera, previo un apagón. También el enfrentamiento de Fraga, cuando se desabrochó la americana pidiendo que le dispararan; fue entonces cuando oímos de nuevo cargar las armas. Alvarez Miranda, desde su escaño, secundó la «explosión Fraga» pidiendo también que le dispararan o que le dejaran ir. Fue entonces cuando el presidente del Congreso, Landelino Lavilla, dando una vez más pruebas de su frialdad, agarró el micrófono e impuso orden en unos momentos de mucha tensión, porque ellos estaban muy nerviosos y no podíamos caer en esa provocación. Un solo disparo habría supuesto una matanza. Los socialistas, dice Elena Vázquez, hemos estado quietos y mudos toda la larga noche, porque éramos conscientes, como decía a su lado el secretario de Lavilla, Ramón Gandarias, de que los actos de heroicidad individual podían repercutir en mucha gente.

### Satrústegui mina la moral de los guardias

En el momento de enfrentarse con Fraga, el jefe de los asaltantes, Tejero, estaba ya muy derrumbado. Satrústegui se levantó y dijo que él era amigo de Miláns del Bosch y que era imposible que se hubiera sublevado contra el Rey. Para ese momento había unos 150 guardias en la sala.

A la salida de los diputados de las Cortes, pasadas las once y media, el primero en llegar al cordón de policías, en torno al hotel Pala-

ce impedía avanzar a los periodistas, fue el diputado socialista navarro Gabriel Urralburu, mientras sonaban los aplausos del público y los gritos de «Constitución, Constitución»; otros decían «Gracias, gracias» a los generales Armada y Santamaría, que habían protagonizado a lo largo de toda la noche las negociaciones con Tejero.

Urralburu describió cómo poco antes de la liberación, cuando vieron regresar a sus escaños a los líderes parlamentarios que habían tenido concentrados en el cuarto de los ujieres, donde se suelen concentrar los escoltas, empezaron a sentirse bien. Fue el presidente del Congreso, Landelino Lavilla, quien fue dando la orden de salida, ordenadamente, por filas, como cuando manda levantarse para hacer una votación. Atrás quedaban casi diecisiete horas de secuestros.

### Muchos guardias fueron engañados

Antes de esta salida, el propio Tejero comunicó a los diputados que había llegado a un acuerdo con el teniente general Aramburu Topete y que estuvieran tranquilos, porque, a partir de ahí, todo saldría bien. Durante las primeras horas, Tejero fue levantando la moral de sus fuerzas con mentiras, como que había cuatro regiones militares levantadas, la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta, pero cuando sacaron a los periodistas ya se vio que empezaba a perder la moral. Apenas si a partir de entonces el teniente coronel apareció por el hemiciclo, salvo en los momentos de tensión. La moral cayó cuando se enteraron que Miláns del Bosch había mandado retirar las tropas. En algún momento Tejero gritó que Miláns del Bosch sería presidente del Gobierno.

Todos decían que sólo servían a la Corona y que había un vacío de poder y no obedecían al Gobierno.

Nada más salir los diputados, la mayoría de los líderes dieron instrucciones a los suyos de que las

ejecutivas iban a reunirse para analizar la situación. El presidente del Congreso convocó para las cuatro y media de la tarde de hoy el pleno en el que seguirá la votación de investidura a Calvo-Sotelo, después de que en la tarde de ayer se ajustaran los micrófonos dañados y las cámaras de televisión. Al parecer, las instaladas en el hemiciclo han sido rotas a culatazos. Los fotógrafos, por su parte, pudieron recoger las cámaras fotográficas que les requisaron por la noche.

La huella de la mala noche se apreciaba en los rostros de los diputados, no ya sólo por las barbas y las ojeras, sino por los nervios que todavía denotaban. Por la forma misma en que Tejero iba decayendo en su ánimo, nos comenta el comunista Sánchez Montero, pudimos ir creciendo en moral. Desde el primer momento los guardias comenzaron a darse cuenta, nos añade el socialista Pablo Castellano, de que estaban haciendo una barbaridad. Ningún diputado ha recibido un trato deferente, confirma Pablo Castellano cuando le preguntan que si Blas Piñar había sido tratado mejor que los demás. «En absoluto, todos hemos sido tratados igual, los números nos han respetado físicamente, pero hemos sido sometidos a una violencia y a una humillación que no se nos olvidará este lamentable intento de vulnerar la soberanía popular. Tenemos que extraer las correspondientes lecciones del mismo. No creo que peligre la democracia. Lo que pasa es que tendremos que trabajar tres veces más para que esto no se vuelva a producir, que nadie tenga ataques de locura como el que hemos presenciado a lo largo de estas veinticuatro horas.

Yo he sentido miedo, como el que más, nos comentaba Pablo Castellano. La prueba es que cuando sonaron los primeros disparos procuré ponerme a buen recaudo, de lo que ha dado pruebas mi chaqueta desgarrada en la espalda. A mí me parece que Tejero es un psicópata. Como tengo la deformación

de abogado defensor, hasta aquel que me puede pegar un tiro pienso lo bonita que sería su defensa. Habrá que hacer no lo que entendemos una depuración de la Guardia Civil, sino una reestructuración a fondo de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad, como veníamos pidiendo la izquierda hace tiempo, para que números de la Policía Nacional o de la Guardia Civil no puedan ser manipulados, como en esta ocasión, so pretexto de la disciplina llevándoles a unas actitudes delictivas de las que ellos han empezado a ser conscientes cuando se han encontrado ya aquí. De haber funcionado mejor las comunicaciones, el secuestro habría durado menos y se habrían producido más abandonos, como los que se produjeron a última hora saltando por la ventana que da a la carretera de San Jerónimo desde la sala de prensa.

Juan María Bandrés, de Euzkadi Euzkerra, señala que a lo largo de la noche hubo altibajos en la tensión. El primero, después de los disparos, es cuando pidieron un médico para Sagaseta. Yo le veía sangrar, pero no sabía de dónde, simplemente le veía caer sangre sobre mi mano. No sabíamos si era yo o él el herido. Habían caído cascotes de cristal como el que aquí llevo, dijo mostrando un trozo de cristal del tamaño de una caja de cerillas, procedente de la claraboya que cierra la bóveda del hemiciclo. En realidad era una pequeña magulladura, nada grave. Un guardia le prestó un pañuelo a Sagaseta para que se quitara la sangre que le caía del puente de la nariz. No era nada grave. Pero entonces otro guardia le dijo: No le haga caso, no le conoce. Ese quiere que nosotros muramos. Lo que hay que hacer es matarle. Entonces nos imaginábamos lo peor. Notábamos que no había un gran control. Tejero daba la imagen de un loco, un iluminado.

El presidente del Congreso ha estado siempre en su sitio. Ha sido el más humillado, como presidente de la Cámara. Cuando ha tenido que levantar el dedo para ir al servicio, a algunos nos daban ganas de llorar, porque veíamos la tremenda humillación y vejación genérica a que se estaba sometiendo al Parlamento. Cuando se nos dijo que había triunfado el golpe, algunos temimos que nos fusilaran en el acto.

Alvarez de Miranda cuenta cómo Fraga y él, así como Iñigo Cavero, increparon a última hora a los guardias, diciendo que querían paz y libertad, que dispararan si querían. Se impuso la calma por intervención de otros diputados y de los guardias. Eran las seis y veinticinco de la mañana.

Muchos diputados se lanzaron rápidamente al teléfono del hotel Palace para hablar con sus familias, aunque las familias de los diputados de Madrid estaban esperándoles en las inmediaciones. La esposa de Calvo-Sotelo estaba tranquila en su casa. Luis Ortiz, el que fuera ministro de Obras Públicas por un mes, tras Calvo-Sotelo, y al que se da como probable ministro del nuevo Gabinete, estuvo en Arlabán y el Ministerio del Interior negociando con representantes de otros partidos que hoy no fuera convocada huelga general para evitar enfrentamientos en la calle, como los conatos que se produjeron en las inmediaciones de Neptuno, rápidamente acalladas por las fuerzas antidisturbios que con fuerzas a caballo, tanquetas y jeeps ocupaban la plaza.

Carlos Gila, diputado centrista por Segovia, nos comentaba que al autor de la acción le había observado como un paranoico con delirios de grandeza, mesiánico, que actuaba con gran audacia debido a que iban con uniforme. Muchos pensaban que llegaban a reforzar un servicio porque había peligro de atentado de Eta.

Alfonso Osorio subrayó que el discurso del Rey fue trascendental para devolver la tranquilidad a todos. Nos enteramos porque había un transistor en el hemiciclo, que se oía con cuidado y nos iba dando las garantías de que aquello se solucionaba con paciencia. Mientras tengamos al Rey, no pasará nada. Creo que esta sonada va a fortalecer la democracia. Este no es el día que he pasado más miedo en mi vida. Lo pasé peor cuando me metí solo en el barrio mexicano de San Francisco. Tuve que correr.